

PRÓLOGO

La restauración de nuestros viejos monumentos se ha convertido en uno de los nuevos horizontes de la historia de la arquitectura más codiciados por los jóvenes investigadores. El descubrir que la historia no sólo ha ido enriqueciendo y agregando elementos diversos a los venerables edificios del pasado, sino que, en sentido inverso, también ha empobrecido y sustraído de aquellos los rasgos más sobresalientes de su fisonomía original, ha conducido al apasionante y difícil ejercicio de búsqueda y análisis crítico de esta nueva y complementaria faceta de la historia de la arquitectura.

Ello viene a coincidir con la aparente mayor sensibilidad de nuestra sociedad hacia la historia, el arte y la arquitectura en su nueva dimensión «patrimonial», de tal manera que nunca como ahora los poderes públicos han destinado tan importantes partidas presupuestarias para la conservación y restauración del patrimonio arquitectónico. Al propio tiempo, se multiplican cursos y seminarios sobre restauración monumental mientras que la Universidad perfila alguna de sus cátedras bajo esta misma bandera. Grandes y pequeños monumentos son objeto de complejos planes directores mientras las inevitables ruinas puntuales alarman a los ciudadanos. Las Comunidades Autónomas se esfuerzan en la catalogación de su patrimonio edificado y, en fin, todo parece invitar a un optimismo que no coincide siempre con la realidad. En efecto, la falta de competencia, la escasa preparación de los técnicos, la ausencia de coordinación, lo desequilibrado de las asignaciones en relación con el edificio, bien sea por exceso o por defecto, la inexistencia de una voluntad no partidista de las distintas Administraciones, de la Iglesia y de los ciudadanos, en general, para establecer las grandes líneas de una política, de una filosofía, de unas directrices sobre la conservación y restauración del patrimonio edificado y urbano, hace estéril gran parte de los esfuerzos reseñados y repercute negativamente en aquello que paradójicamente se pretende salvaguardar.

Esta situación verdaderamente preocupante del patrimonio arquitectónico español, tanto por sus internos desequilibrios como por sus contradicciones, todo ello en vísperas del año dos mil, hace que veamos aún con mayor atención y respeto el esfuerzo hecho en el siglo XIX por aquellas primeras generaciones que tuvieron que enfrentarse sin medios económicos, sin la menor experiencia administrativa ni facultativa, pero con el mayor de los entusiasmos, a la salvaguardia de la arquitectura española a partir del golpe de gong que supuso el proceso desamortizador. Este fue, en definitiva, el objetivo de la tesis doctoral de Isabel Ordieres Díez que hoy me honro en presentar bajo forma de libro, tal y como se ofreció hace ya algunos años para su publicación tras dilatada espera. La autora, con un profundo conocimiento de las circunstancias políticas, sociales e ideológicas que rodearon el proceso de la restauración monumental, desde sus orígenes en la joven España isabelina hasta la fractura de la Guerra Civil en

1936, ha sabido trazar con acierto un panorama completísimo en aquella triple faceta en que se puede compendiar la restauración: legislación, teoría y práctica.

Las tres componen un arco de experiencias a lo largo de cien años cuyos orígenes están impregnados por un literario y patriótico espíritu romántico que, andando el tiempo, se trastocará en un cientifismo que tiene en Torres Balbás su mejor expresión. En medio queda la actividad de las Academias y de las heroicas Comisiones de Monumentos con su cosecha de éxitos y fracasos, recogida en informes, expedientes y memorias que han supuesto uno de los filones documentales más ricos de la presente investigación y que la autora ha sabido ordenar e interpretar con talento. Es éste uno de los mayores logros del libro por cuanto que la cantidad y diversidad de datos de muy distinto alcance que emanan de aquella documentación, nunca le han hecho perder a Isabel Ordieres el hilo conductor del trabajo. Ello no hace sino poner en evidencia su dominio de las fuentes del que hemos tenido una prueba reciente en su Historia de la conservación del patrimonio cultural de Cantabria (Santander, 1993).

El cuadro general de la restauración monumental en España para el período reseñado, estaba aún por hacer y esto representa otro éxito de la presente obra que, además de dar una visión completa, global, permite descender a lo particular a través de las notas, documentos y apéndices. Esto hace que el libro tenga varios niveles de lectura y consulta, pues además del texto en su parte expositiva, se incluyen en forma de cuadros, esquemas y listados multitud de noticias acerca de los arquitectos diocesanos, de los componentes de las distintas Comisiones de Monumentos, informes de la Academia de la Historia, etc., sin olvidar las noticias extractadas del Diccionario de Madoz, cuyo esfuerzo merece nuestro sincero reconocimiento. En suma, desde hoy será más fácil para los que vengan detrás el coger alguno de los muchos hilos que aquí se brindan para futuras investigaciones. La trama ya está tensada, a otros tocará cruzar la urdimbre.

Como advertencia final al lector, convendrá recordar que leída la tesis doctoral de Isabel Ordieres en la Universidad Complutense de Madrid, en 1990, donde el tribunal correspondiente le otorgó la máxima calificación, el Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Cultura, se interesó por el trabajo para su publicación. Entre tanto fueron apareciendo nuevos trabajos sobre algunos de los aspectos aquí tratados que, sin embargo, no aparecen recogidos por ser posterior su publicación a la entrega del manuscrito. No obstante, la más reciente bibliografía no altera el fundamento, la tesis aquí sostenida, sino al contrario, viene a corroborar el protagonismo de los arquitectos reseñados, el debate entre restauradores y antirrestauradores, las conexiones con las co-

rrientes europeas al uso, o el carácter ejemplar de las actuaciones en los monumentos árabes y cristianos de la España medieval.

No hace mucho me lamentaba por la situación de espera en que se encontraban trabajos como éste¹, que felizmente ahora publica con tanto acierto el I.C.R.B.C., en coherencia con la finalidad de la institución, por lo que hemos de felicitarnos todos, pues a todos nos concierne el patrimonio arquitectónico como herencia. Pero no desearía terminar estas breves palabras de presentación sin hacer una breve reflexión a la que este libro invita, esto es, la necesidad y, al tiempo, la dificultad de seguir haciendo la historia de la restauración monumental a partir del punto en que aquí se suspende la investigación, en especial bajo el régimen autonómico de los últimos

años de este siglo XX que ahora se agota, cuando la legislación, la teoría y la práctica discurren por caminos tan distintos a los aquí enunciados. A mi juicio, nos estamos separando peligrosamente de los criterios compartidos por los países de nuestro ámbito europeo, frivolisando sobre la intervención en los monumentos antiguos con irreparable daño para ellos. Por este camino volverán a cobrar triste actualidad las críticas ejercidas por Víctor Hugo, Valle-Inclán o Gaya Nuño, cuando censuraban la pacífica destrucción de los monumentos en el proceso restaurador tras la acción no menos peligrosa de una excesiva o equivocada restauración que, tantas veces, busca en nuestros días la afirmación soberbia y personal en detrimento del edificio. Luis Menéndez Pidal decía, con acierto, que una intervención equivocada hace mucho más difícil que la ruina misma cualquier rectificación. En esta línea el libro de Isabel Ordieres es una llamada de atención sobre el rigor de la restauración en su compromiso con la Historia.

¹ P. Navascués: La restauración de monumentos en España: aproximación bibliográfica (1954-1994), *Historiografía del arte español en los siglos XIX y XX*, Madrid, C.S.I.C., 1995, pp. 7788.

Pedro Navascués Palacio

